

Re-Señas de Libros

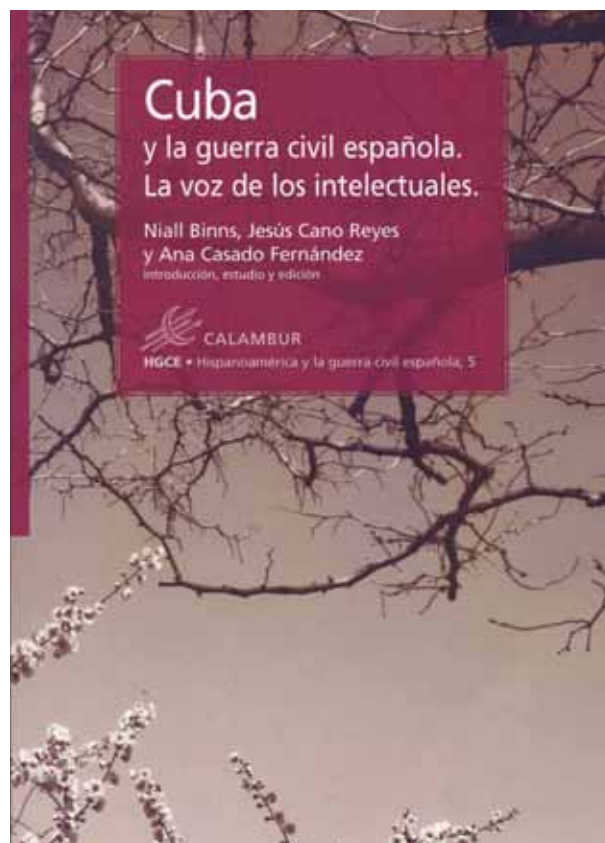
—• Por Jorge Domingo Cuadriello •—



» *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales.* Niall Binns, Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández. Introducción, estudio y edición. Madrid, Calambur Editorial, 2015. 787 pp.

En su libro de memorias *Confieso que he vivido* (Barcelona, 1974), Pablo Neruda dejó constancia del tremendo impacto personal que le causó la Guerra Civil española (1936-1939), hasta el punto de modificar sus posiciones ideológicas y su actitud política, y de un modo categórico afirmó: “No ha habido en la historia intelectual una esencia tan fértil para los poetas como la guerra española. La sangre española ejerció un magnetismo que hizo temblar la poesía de una gran época”. Y esta aseveración suya, limitada a un género literario, la poesía, bien pudo hacerla extensiva a otras manifestaciones de la literatura y el arte. Porque en verdad aquella contienda, considerada por los historiadores el prólogo de la segunda Guerra Mundial y por algunos ensayistas el último enfrentamiento armado de carácter romántico, por la cantidad de pasiones diversas que despertó, fue motivo de inspiración no solo para incontables escritores españoles –Max Aub, Ramón J. Sender, León Felipe, Arturo Barea-, sino para otros de distintas nacionalidades, entre ellos Ernest Hemingway, César Vallejo y George Orwell, autores, respectivamente, de la novela *Por quién doblan las campanas*, el poemario *España, aparta de mí ese cáliz* y el testimonio *Homenaje a Cataluña*.

En Cuba la tragedia española se vivió con una intensidad asombrosa a la que contribuyeron los lazos históricos, culturales e incluso, en muchos casos, familiares entre cubanos y españoles, la nume-



rosa y -económica y socialmente- fuerte comunidad hispánica asentada en la Isla y la efervescencia política iniciada durante el enfrentamiento a la tiranía de Gerardo Machado, derrocada en 1933, y que tuvo su prolongación en la posterior ola represiva desatada por militares y policías contra el movimiento revolucionario. A muchos cubanos de pensamiento progresista no les resultaba difícil identificar a los generales españoles enfrentados a la República con los Weyler, Polavieja y Balmaseda, capitanes generales que habían ensangrentado a Cuba durante el período colonial. Otros, por el contrario, de pensa-

miento tradicionalista y conservador, quisieron ver en los autoproclamados nacionalistas a los salvadores de la Madre Patria. Ambos bandos se enfrascaron en una batalla dialéctica y propagandística que incluyó la creación de publicaciones periódicas y de programas radiales, conferencias, actos multitudinarios, oficios religiosos, declaraciones públicas de diferentes entidades, surgimiento de nuevas agrupaciones políticas y debates en el seno de las asociaciones regionales españolas como el Centro Gallego, sin contar las colectas de dinero y de artículos para ser enviados a España. Y hacia ese país marcharon, además, contingentes de voluntarios cubanos para defender la causa republicana o, en un número mucho menor, ocupar un sitio en la trinchera de enfrente.

Lejos de asumir una actitud indiferente ante aquella contienda fratricida, la gran mayoría de la intelectualidad cubana se decantó a favor o en contra de los sectores rivales, como pudo apreciarse entonces a través de una impresionante cantidad de páginas impresas y como podemos corroborar nosotros hoy gracias a esta voluminosa compilación llevada a cabo por el equipo de investigación que integran el londinense Niall Binns y los madrileños Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández. Tras una intensa labor de búsqueda bibliográfica que en gran medida abarcó las publicaciones periódicas de la época lograron acopiar alrededor de doscientos textos pertenecientes a aproximadamente 150 autores y dados a conocer en casi todos los casos entre julio de 1936 y el año 1939. Pero antes de darle paso a ese proceso de reproducción, que en no pocas ocasiones constituye además un acto de rescate por el alto grado de deterioro en que se hallan algunos periódicos y revistas, los autores insertaron una necesaria y muy útil introducción, en la cual expusieron la situación política y el ambiente intelectual existentes en Cuba al iniciarse la guerra, la posición del gobierno cubano ante el conflicto español, el desempeño de una importante institución de carácter filantrópico, la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español, y el desenlace

del largo enfrentamiento armado con la derrota de la República y el triunfo de las fuerzas reaccionarias.

A continuación, en orden alfabético, insertaron una ficha de los escritores escogidos que elude la presentación rígida y esquemática de sus respectivos datos biográficos para lograr un estilo informativo ameno, y seguidamente el trabajo seleccionado con su correspondiente referencia. En cuanto a la clasificación de los textos, encontramos que resulta muy variada: hay poemas, narraciones literarias, entrevistas, artículos periodísticos, testimonios, letras de canciones, reportajes periodísticos desde los campos de batalla, manifiestos políticos, editoriales de periódicos, piezas teatrales e incluso algún documento oficial del gobierno cubano. Muy extensa viene a ser la relación de autores, que de acuerdo con su definición ante las fuerzas en pugna podemos reunir en dos grupos: los que estaban a favor de las legítimas autoridades republicanas y los que se situaban en contra de ellas. En el primero, mucho más numeroso y con figuras de elevada significación intelectual, sobresalen Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Alejo Carpentier, Juan Marinello, Enrique Labrador Ruiz, Nicolás Guillén, Emilio Ballagas, Regino Pedroso, Raúl Roa, Manuel Navarro Luna, Mirta Aguirre, Carlos Montenegro, Luis Felipe Rodríguez, José Antonio Portuondo, Dora Alonso y Félix Pita Rodríguez. En cambio casi resulta insignificante la cantidad y la estatura alcanzada en el ámbito de la cultura nacional por los escritores que hicieron causa común con los sublevados, pues salvo el destacado periodista José Ignacio Rivero y, tal vez, el historiador asturiano Constantino Cabal, el dramaturgo bilbaíno León Ichaso y el poeta canario Francisco Izquierdo, los restantes bien podían ser descartados ya entonces como intelectuales de cierto nivel.

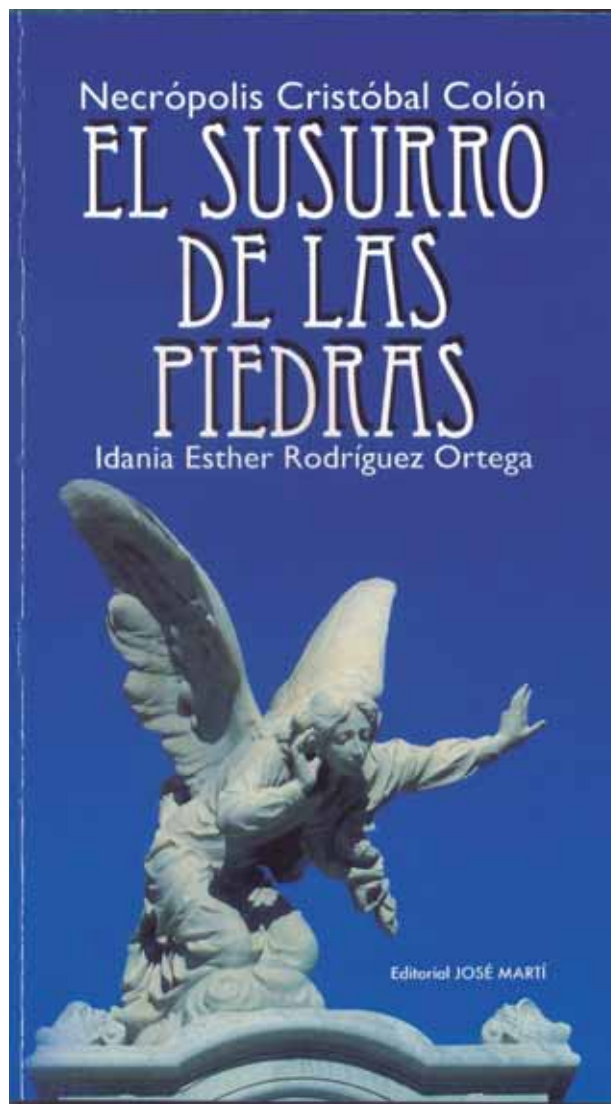
Dentro del espacio comprendido por los extremos anteriores se hallaban otros de posiciones distintas: el hispanista José María Chacón y Calvo, ferviente católico y de posiciones moderadas, se dolía con toda sinceridad del drama que padecía España,

mientras el político y abogado Rafael Guas Inclán se negaba a respaldar a alguna de las partes y a ambas les hacía objeciones, en una posición oportunista de no compromiso. Sorprende observar hoy la postura antifranquista asumida en aquellos días por algunos intelectuales que después se pondrían al servicio de la dictadura de Batista, como el periodista y narrador Ramón Vasconcelos y el historiador Emeterio Santovenia, y más aún la del ensayista Juan J. Remos, su Embajador ante el régimen de Franco. De igual modo, causa asombro encontrar en esta compilación un artículo entusiasta dedicado a enaltecer la figura del general republicano José Miaja, defensor de Madrid, publicado en 1937 por el poeta Gastón Baquero, tan solo unos años después apasionado defensor del régimen franquista a través de las páginas del *Diario de la Marina*. En su selección, los autores les concedieron igualmente un espacio a varios escritores españoles que habían llegado a tierra cubana como exiliados cuando aún retumbaban los cañones en España: los asturianos Luis Amado-Blanco y Alfonso Camín, y el gallego Ángel Lázaro.

Amplia información nos proporcionan muchos de los textos incluidos en el presente volumen, no solo acerca de criterios políticos personales, sino del sentir cívico en una época de cambio en la sociedad cubana, cuando se daban pasos serios hacia un proceso de institucionalización que conduciría finalmente a la proclamación en 1940 de una nueva Ley Fundamental de la República. En ese proceso de maduración colectiva desempeñó un importante papel la amarga experiencia de España, donde el quebrantamiento del orden jurídico democráticamente constituido desembocó en una contienda que se tradujo en incontables muertos, mutilados, represaliados y exiliados, grandes pérdidas materiales y la implantación de un régimen autoritario y personalista no basado en el Derecho.

Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales constituye la quinta entrega de la Colección Hispanoamérica y la guerra civil española, que dirige Niall Binns y pertenece a la Editorial Calambur. Con

anterioridad aparecieron las compilaciones dedicadas a Ecuador, Argentina, Perú y Chile. Esta que comentamos –y que posiblemente debió ser realizada por investigadores cubanos ya hace tiempo– resulta de inestimable valor y, junto con la alegría que nos proporciona, también nos hace deplorar que no pueda disfrutar entre nosotros de la amplia divulgación que bien se merece.



» **Rodríguez Ortega, Idania Esther** *El susurro de las piedras. Necrópolis Cristóbal Colón*. La Habana, Editorial José Martí, 2014. 123 pp.

En las últimas décadas han sido publicados no pocos trabajos periodísticos, libros de fotografías y

folletos que tiene como tema central el Cementerio Cristóbal Colón. Atraídos por los valores arquitectónicos, escultóricos e históricos de este recinto habanero, los autores de esos textos, por lo general aficionados a la investigación de nuestro pasado, han logrado desarrollar una plausible labor de divulgación al respecto y atraer muchas miradas curiosas hacia los panteones, la historia y la leyenda que se enmarcan en ese cementerio que abrió sus puertas hace casi 150 años. Martín Socarrás Matos en *La Necrópolis Cristóbal Colón* (1975) fijó la atención solo en su proceso fundacional y en su posterior consolidación. Lohania Aruca, en cambio, dirigió la mirada únicamente hacia el mito más conocido de esa ciudad de los muertos, que se encargó de anunciar en el mismo título de su folleto: *La Milagrosa del Cementerio Cristóbal Colón*, impreso en 1994, el mismo año en que la Editorial José Martí sacó a la luz la edición bilingüe, en español y en inglés, de *Cementerio Cristóbal Colón*, de Alberto Fernández y Fernando Gómez, quienes por su parte obviaron todo lo que no fuese valores artísticos para regalarnos una excelente colección de fotos en colores de estatuas, capillas y monumentos acompañadas de concisas y útiles informaciones. Ahora esta misma editorial nos ofrece la presente entrega, que incursiona en las tres líneas temáticas ya mencionadas, pero sin llegar a superar las obras anteriores.

Concebido como un recorrido a grandes saltos por los cuatro cuarteles que conforman la necrópolis, después de haber reservado las primeras páginas para brindar una reseña histórica de esta y una descripción general de su archivo, este cuaderno de cierto valor informativo puede ser útil para aquellos que se acercan por primera vez al conocimiento de ese cementerio y puede servir también de guía para turistas o visitantes movidos por una elemental y momentánea curiosidad. Con el evidente propósito de satisfacer esa demanda poco exigente, que bien se conforma con lo más llamativo, la autora muy pronto se dedicó a la localización de los sepulcros

donde yacen los restos de tres presidentes cubanos – José Miguel Gómez, Mario García Menocal y Alfredo Zayas- y seguidamente pasó a cumplir la misma tarea en relación con una docena de sobresalientes músicos y cantantes –Eduardo Saborit, Adolfo Guzmán, Joséito Fernández, Rita Montaner, Hubert de Blanck, que acompañó con fotografías y una ficha biográfica que resulta desproporcionada si tomamos en cuenta la reducida extensión de la obra. A continuación, y ya en el último capítulo, titulado “Recorridos especializados por la Necrópolis”, a grandes rasgos trazó la significación de algunas bóvedas o panteones, en ciertos casos por ser la sepultura de personalidades significativas –Juan Gualberto Gómez, Francisco de Albear, Alejo Carpentier, los generales Carlos Roloff y Quintín Bandera- y en otras ocasiones por su relevancia artística –la capilla de Zárraga, el monumento a los caídos en las acciones revolucionarias del 13 de marzo de 1957, el panteón de la Sociedad Vasco-Navarra de Beneficencia.

En ese recorrido no son pocas las omisiones y las equivocaciones que hemos detectado. Como no podía faltar, se incluye la tumba de La Milagrosa, pero en el resumen que hace la autora de los orígenes de ese mito dejó a un lado elementos importantes, quizás por no haber consultado, como se deduce de la magra Bibliografía insertada al final, de dos textos básicos sobre el tema: la investigación de Fernando Ortiz “La Milagrosa del Cementerio de La Habana”, publicada en 1928 en *Archivos del Folklore Cubano*, y el ya citado folleto de Lohania Aruca. Otras ausencias lamentables son las siguientes: no se menciona el Monumento a los Bomberos, que resalta no solo por la calidad de las piezas escultóricas que lo adornan, sino por ser la construcción más elevada de todo el camposanto; tampoco se alude siquiera al panteón de la Sociedad Naturales de Ortigueira, considerado el de mayor capacidad de inhumaciones de toda América Latina, ni se hace referencia a los entierros que arrastraron a un mayor número de asistentes: los de José Miguel Gómez (1921), Eduardo Chibás (1951) y Lázaro Peña

(1974), muy superiores al de Merceditas Valdés, que, sin embargo, Idania Esther Rodríguez califica “como el de mayor afluencia de personas” (p. 51).

La autora se detiene ante el panteón de la Sociedad Asturiana de Beneficencia (p. 109), pero no anota que es el que cuenta con el mayor número de bóvedas en toda la necrópolis, hace un alto en la capilla del Conde de Rivero (p. 92) y no hace constar que en ella reposan los restos de los destacados periodistas Nicolás Rivero Muñiz y José Ignacio Rivero, padre e hijo, ambos directores del *Diario de la Marina* en épocas sucesivas. Similar omisión hallamos en el párrafo que le dedica a la construcción funeraria de la familia Gómez Mena (p. 88), pues no cita siquiera el nombre del acaudalado Andrés, de estos apellidos, propietario de la Manzana de Gómez. Destaca la riqueza histórica del Mausoleo a los Veteranos de las Guerras de Independencia (p. 111); pero no añade que allí han sido colocados también los restos de los combatientes cubanos caídos en África. Y en los renglones dedicados al Osario General (p. 106) no informa acerca del pozo insondable que hay en su interior donde fueron arrojados durante muchos años los huesos de los difuntos sepultados en las bóvedas de alquiler que, al ser exhumados, nadie los reclamó. En esta relación de ausencias llama la atención que la autora no haya aprovechado las posibilidades que en varios sentidos proporciona la capilla de Catalina Lasa y su historia de amor.

Por otro lado, no dejan de ser llamativos también los errores y las confusiones que padece esta obra. En el capítulo dedicado a la música y a los músicos confunde al cubano Ramón Armada Sagrera con su padre, el gallego Ramón Armada Teijeiro, quien en realidad fue poeta, no músico, y autor de los libros cuyos títulos aparecen en la figura escultórica de su tumba (pp. 42 y 68). Aunque más bien nos parece producto de la imaginación, quizás sea cierto eso de que “se sentaba por las tardes en la puerta de su casa a cantar tonadas cargadas de nostalgia por su tierra natal” (p. 69), pero es completamente falso lo que dice inmediatamente: “a la que abandonara y nunca más retor-

naría”. Tanto el padre como el hijo hicieron fortuna en Cuba. Armada Teijeiro, fundador en La Habana en 1885 de *A Gaita Gallega*, primera publicación periódica en América redactada en gallego, durante el gobierno autonómico de 1898 ocupó el cargo de Jefe de Negociado de Cárceles y Presidios y tras el cese de la dominación colonial retornó a España. En 1900 volvió a La Habana con su hijo, durante unos meses, por asuntos de negocios, y en 1909 se radicó definitivamente en nuestra capital. Llegó a ser Secretario del poderoso y elitista Casino Español de La Habana. Acerca de su hijo, Armada Sagrera, autor de algunas piezas teatrales y de una novela descartable, solo diremos que logró ser propietario de una fábrica de galletas y del terreno deportivo Campo Armada.

Incorrecto resulta además lo que nos dice acerca del delirante “entierro del gorrión” (p. 74), ideado por los fanáticos voluntarios españoles en 1869, pues entonces aún faltaban dos años para que se inaugurase el Cementerio de Colón. En realidad se le dio sepultura con grandes honores en terrenos del Colegio de Belén, de los sacerdotes jesuitas, como puede comprobarse a través del relato y de la reproducción de la lápida correspondiente que hace el psiquiatra y escritor Armando de Córdova y Quesada en su estudio publicado en 1940 *La locura en Cuba* (pp. 57-60).

En uno de sus recorridos la autora se detiene ante el panteón familiar de José Lezama Lima e inserta una fotografía dirigida a la bóveda del medio; pero en verdad este poeta fue sepultado en la bóveda de la izquierda y en 1983 sus restos fueron exhumados y colocados en el osario posterior, donde hace ya cerca de cinco años se situó una pieza escultórica con unas palabras de Lezama Lima como epitafio. Sin embargo, ella prefirió fijar la atención en el epitafio anterior para decir a la ligera que en él “se pueden leer unas palabras pertenecientes a su novela *Paradiso*: El mar violeta añora / El nacimiento de los dioses, / Ya que nacer es aquí / Una fiesta innombrable” (p. 98). En realidad esas “palabras” pertenecen al conocido poema de Lezama Lima “Noche insular:

jardines invisibles”, que apareció incluido en su libro *Enemigo rumor* (1941). Como aclaración colateral añadiremos que realmente el autor escribió: “La mar violeta añora...”

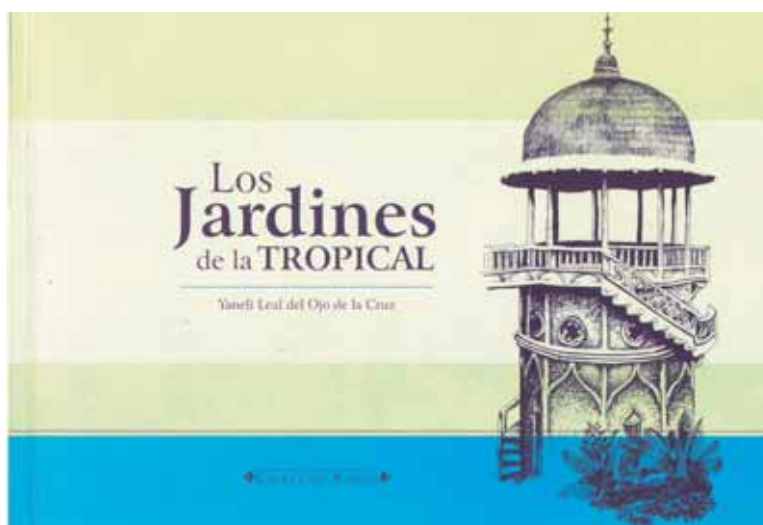
Como uno de los propósitos esenciales de la autora fue el de brindar una imagen agradable e idílica del Cementerio de Colón, en ninguno de sus recorridos aludió, aunque fuese de lejos, a las pérdidas, los robos y el vandalismo que, desdichadamente, viene padeciendo este espacio sagrado desde hace ya varias décadas. No menciona, por ejemplo, el maravilloso Ángel del Silencio, pieza escultórica de tamaño natural que estuvo situada en el cuadro 8 del cuartel Noroeste y un buen día –o mejor: una mala noche- se esfumó. Incluso al describir el panteón de la Asociación de Reporteros (sic) de La Habana nos habla de sus “grandes paños de vidrios” (p. 114), sin aclarar que así era la construcción original; pero que desde hace ya varios años ese edificio de dos plantas inferiores, en las cuales se han celebrado clandestinamente ritos satánicos, como en su momento denunciaron *Tribuna de La Habana* y *Palabra Nueva*, no cuenta con ninguno.

Resulta penoso decirlo, pero *El susurro de las piedras* no aporta algo nuevo acerca de la historia y la riqueza artística que se concentra en la principal necrópolis habanera, declarada Monumento Nacional en 1987. Además de reiterar informaciones ya bien conocidas, incluye otras epidérmicas, sin mucha sustancia, y comete los yerros y las omisiones ya anotados. Aparece esta obra cuando Fernando Hernández Benítez continúa tocando infructuosamente a las puertas de las editoriales cubanas para que acepten la publicación de su monumental monografía sobre el Cementerio de Colón, que tras muchos años de labor investigativa y de esfuerzos ha logrado concluir. Esperamos que sus gestiones al fin tengan suerte y que un día no muy lejano salga a la luz esa historia completa que este recinto fúnebre se merece.

» Leal del Ojo de la Cruz, Yaneli *Los Jardines de La Tropical*. La Habana, Ediciones Boloña, Colección Raíces, 2014. 147 pp.

Los Jardines de La Tropical, parque urbano construido en los primeros años del siglo XX a la orilla del río Almendares, joya de la arquitectura y el urbanismo cubano perteneciente al *art nouveau* o modernismo y de gran valor patrimonial, constituye el eje de esta valiosa y bien documentada investigación que representa, además, la recuperación de una parte importante de la vida social y comercial habanera. Porque aquel parque construido por la empresa La Nueva Fábrica de Hielo, que producía la excelente cerveza La Tropical, sobresalió por sus valores artísticos y por haber sido durante más de medio siglo escenario del latir de distintas clases sociales y del asociacionismo en sus diversas variantes: la de los empleados, los estudiantes, los obreros, los miembros de las agrupaciones comarcales españolas, así como de las simples reuniones de familiares y amigos o las celebraciones de bodas.

La autora dividió su obra en cuatro capítulos fundamentales y en el primero abordó la connotación económica, mercantil y propagandística de esos jardines a partir de su pertenencia a una fábrica cuyas ganancias aumentaron progresivamente de un modo notable y cuyo principal producto, la cerveza, conoció reconocimientos a nivel nacional e internacional. En el segundo, de mayor peso dentro del libro y principalmente de carácter descriptivo y valorativo, tuvo como tema central el diseño urbanístico y arquitectónico de estos jardines inspirados en otros existentes en particular en Cataluña. Sin ocultar su admiración por ese amplio y acogedor espacio habanero, Yaneli Leal del Ojo, quien no logró encontrar los planos originales del parque y tuvo entonces que emplear como principales fuentes gráficas fotos de las revistas *El Fígaro*, *Social*, *Carteles* y *La Nova Catalunya*, se detuvo a describir los salones de baile –Ensueño, El Mamoncillo, La Cúpula-, las glorietas, los techos, los pisos, los caminos trazados a través de la vegetación natural,



los mosaicos, los miradores, las grutas artificiales, la capilla, las fuentes, el reloj de madera, los cenadores, las mesas, el anfiteatro con capacidad para mil personas, las barras de cerveza, la Casa del Jardinero, las pérgolas, el tocador de damas, el castillo neoárabe... En fin, toda una amplia y asimétrica construcción que aprovechaba al máximo los accidentes naturales del terreno y utilizaba muy bien las posibilidades que ofrece el hormigón armado y el cemento gris, en algunas ocasiones con el objeto de lograr una identificación mimética con viejos árboles y cavernas. Todo esto trazado de acuerdo con la fértil imaginación creativa y urbanística del maestro de obra catalán Ramón Magriñá, quien se entregó durante años a realizar estas labores de producción paisajística y, de ese modo, puede asegurarse que fue quien introdujo el modernismo en Cuba. La realización que llevó a cabo de estos jardines viene a ser más loable por haber sido respetuoso, en esa superficie de 297 154 metros cuadrados, con la flora del lugar, en especial sus árboles frutales, maderables y medicinales. Todos esos méritos conducen a la autora a declarar que “fue en los Jardines de La Tropical donde se aplicaron por primera vez los conocimientos de arquitectura del paisaje desarrollados en Europa, particularmente en España, durante la segunda mitad del siglo XIX. Es por eso que, junto a su diseño naturalista, también forman parte importante de su concepción las edifi-

caciones que alberga...” (p. 42).

Con respecto a los maestros de obra catalanes, como Ramón Magriñá, la autora no solo manifiesta las simpatías que siente por su legado, sino que se duele de que hayan sido “tan relegados por la historiografía republicana, a pesar de haber desempeñado un papel primordial en el desarrollo de la arquitectura de su tiempo” (p. 11) y que el gusto de ellos por “lo ornamental, que se traduce en composiciones muy recargadas, deudoras del espíritu barroco” (p. 74), no haya sido comprendido por sus detractores, entre los cuales cita al destacado arquitecto Luis Bay Sevilla y al gran escritor Alejo Carpentier. En relación con este último llama la atención acerca de que “aún a la altura de 1944” se pronunciaba en contra de dichos constructores. Por nuestra parte podemos agregar que casi veinte años después, en 1961, en su novela *El caserón del Cerro*, el también pintor y crítico de arte Marcelo Pogolotti, una voz digna de ser tomada muy en cuenta, le echaba aún más leña a ese fuego. En uno de los capítulos, al referirse a uno de sus personajes, decía lo siguiente:

“Su nueva morada de la calle Aguacate era una típica construcción de esos maestros de obra catalanes que padeció la República en sus primeros años de vida. Poco más que albañiles de oficio, atiborraron secciones enteras de La Habana con sus horrorosas herejías arquitectónicas. Así, la fachada de la casa

estaba cubierta de cursis garambainas, y sus inarmónicas proporciones hacían añorar la sobria sencillez y las nobles dimensiones de los edificios del tiempo de la colonia. En lugar de los pintorescos balcones de antaño, un adefesio de hierro que no cuadraba ni con la olla podrida de adornos de distintos estilos concebida por el maestro de obras, se extendía a través del frente de la casa.

“Una escalera de mármol asaz estrecha conducía a los altos, desembocando junto a la sala, separada del comedor tan solo por dos columnas y una balaustrada. Las puertas y ventanas eran exageradamente altas y angostas, y las demás habitaciones, comunicadas por un balcón interior, muy reducidas” (pp. 139-140).

Nuestro desconocimiento del arte arquitectónico nos conduce a inhibirnos de cualquier comentario al respecto, pero nos parece que, en lo concerniente a la construcción de casas y edificios, el aporte en Cuba de los maestros de obra catalanes está necesitado de buenos abogados defensores. No así los Jardines de La Tropical, que se defienden por sí solos.

En el tercer capítulo del libro, dedicado al valor recreativo y cultural de este espacio público, se nos ofrece un resumen obligatoriamente sucinto de las incontables actividades que allí se desarrollaron: desde homenajes a los presidentes José Miguel Gómez y Gerardo Machado y al boxeador Kid Chocolate hasta las sesiones del Primer Congreso Nacional de Mujeres (1923) y del Primer Congreso de la Hermandad de Jóvenes Cubanos (1938), así como fiestas de las asociaciones españolas, funciones de la Coral de La Habana y actuaciones de numerosas orquestas. Los Jardines de La Tropical siempre estuvieron muy lejos de constituir un centro elitista, para el disfrute preferencial de las clases adineradas. Todo lo contrario; sus puertas estuvieron siempre abiertas a todos, sin exclusiones.

El cuarto capítulo, “patrimonio en peligro”, en realidad nos presenta la amarga historia del proceso de deterioro y, en parte también, de destrucción de las instalaciones del parque a partir de haberle sido

intervenida por el Estado a su propietario, Julio Blanco Herrera Clavería, en noviembre de 1960. No sería correcto decir que a raíz de aquel hecho “se acabó la diversión”; pero sí que comenzó otra, muy diferente, que ha aproximado a la plena ruina a aquellos jardines casi paradisíacos. Como relata la autora, en el transcurso de este tiempo, hasta hace pocos años, la instalación brindó sus servicios recreativos durante algunos períodos, bajo la dirección de distintas instancias de la administración estatal y el peso de una reputación social nada envidiable como consecuencia de las reyertas y las agresiones físicas que allí han ocurrido. Pero solo la enumeración de los destrozos sufridos por el parque –ilustrados con fotografías muy elocuentes– conduce a la depresión o a la indignación: desaparecieron las cubiertas de las cuatro torres del Salón Ensueño, fue alterado totalmente el diseño original de algunas construcciones, como el tocador de damas, y se arrancaron mosaicos de las paredes del castillo neoárabe; la cubierta de la cantina fue derribada y demolida la Casa del Jardinero; el reloj de madera, que indicaba la hora de cierre de los jardines, desapareció, al igual que la fuente de base hexagonal, algunos asientos y cenadores; las esculturas de bronce de dos presidentes de la fábrica fueron fundidas, aunque una de ellas había sido realizada por el destacado escultor italiano Raffaello Romaneli. Por si esto fuese poco, la extensión de los jardines quedó reducida a menos de la quinta parte de su espacio original, un área considerable pasó a integrar el Instituto Técnico Militar (ITM), algunas construcciones fueron convertidas en almacenes y se edificaron otras, de pésimo gusto, sin relación arquitectónica con las concebidas inicialmente. Y con un afán destructivo ya desquiciado, como si se tratase de borrar un símbolo infame de nuestra historia, fue talado el tricentenario mamoncillo y cementada su base para ni siquiera dejar huella del sitio donde estuvo sembrado. Para mayor escarnio, como dice la autora, “tristemente, gran parte de las agresiones conferidas /a esta instalación/ han ocurrido bajo la propia dirección del

Gran Parque Metropolitano de La Habana, instancia que aún lo rige y que tiene también bajo su dominio las descuidadas obras del Acueducto de Fernando VII (1831-1835) y la represa del Husillo (1566-1592), ambas declaradas Monumento Nacional” (p. 114). Resulta evidente que en estos jardines las leyes que rigen la preservación de nuestro patrimonio cultural no han sido cumplidas. ¡Cuánta diferencia entre este parque habanero y el Park Güell, de Barcelona, ambos contruidos por los mismos años dentro del estilo modernista por maestros de obra catalanes! Este último, como señala Yaneli Leal, atrae a miles de visitantes, constituye motivo de orgullo para esa ciudad y en 1984 fue declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad; mientras el primero...

Hay un punto, sin embargo, en el que discrepamos de la autora y se encuentra en esta aseveración suya: “En /el parque/ se constata, para vergüenza de Cuba, una pérdida sustancial de su patrimonio en manos de la indolencia humana” (p. 105). No creemos que sea justo hacer extensiva esa vergüenza a toda Cuba, sino focalizarla en aquellos cubanos que decretaron la “nacionalización” de esos jardines supuestamente para que pasaran a poder del Estado y fuesen del disfrute de todo el pueblo, y en realidad no fueron capaces de preservarlo en el magnífico estado en que se hallaban. De igual modo nos resulta muy difícil compartir la esperanza personal que expone en las líneas finales de su obra: que se logre recuperar “la belleza original de los Jardines de La Tropical” a partir del respeto a las leyes patrimoniales del país y a la Carta de Florencia (1981), documento de alcance mundial para la conservación de los jardines históricos y públicos (p. 114). Al respecto debemos decir que no apreciamos elemento alguno que nos permita alimentar ese optimismo.

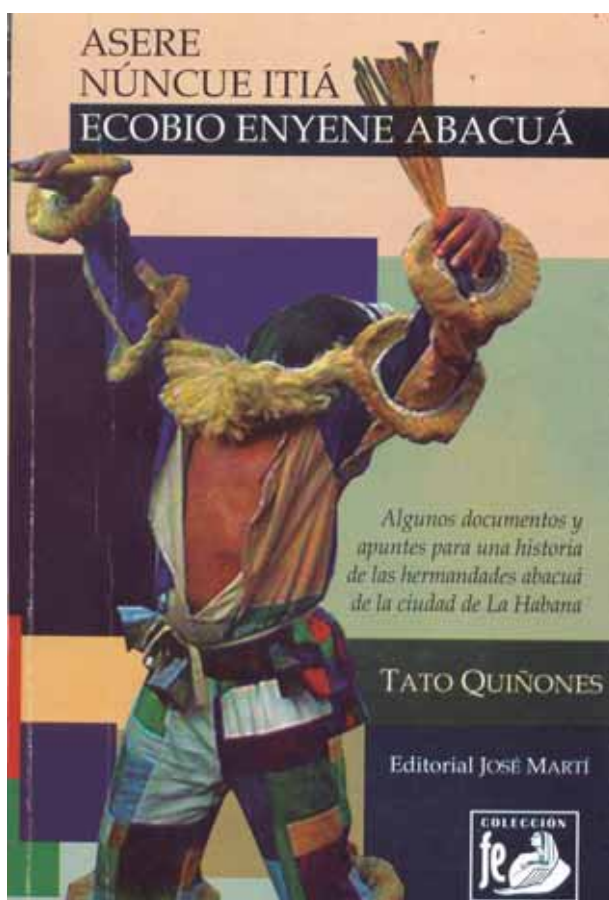
Este libro, de cuidada edición y pobre diseño de portada, que cuenta con decenas de fotos de gran calidad, algunos mapas y anuncios comerciales, así como también, en el Apéndice, con una relación de maestros de obra españoles en Cuba, la ya aludida

Carta de Florencia y la inscripción legal de Los Jardines de La Tropical en el Registro de la Propiedad de Plaza de la Revolución en noviembre de 2010, documento “plagado de errores e imprecisiones históricas” (p. 114), resulta muy encomiable por el volumen de información documentada que nos brinda. Es un libro para agradecer y también, por la triste realidad que nos muestra en sus últimas páginas -¿por qué no decirlo?-, para echarse a llorar.

» Quiñones, Tato *Asere núncue itιά. Ecobio enyene abacua. Algunos documentos y apuntes para una historia de las hermandades abacua de la ciudad de La Habana*. La Habana, Editorial José Martí, 2014. 291 pp.

La sociedad secreta abacua surgió en Cuba como resultado de un imprescindible mecanismo de solidaridad y autoprotección de los negros traídos por la fuerza de África, principalmente aquellos que procedían de la región que hoy abarca Nigeria, y se hallaban sometidos a la brutal explotación del régimen esclavista impuesto por el colonialismo español. En un principio solo estuvo celosamente conformada por los que poseían la condición de nativos africanos; pero con el transcurso del tiempo se les permitió el ingreso a los morenos y pardos criollos, a los chinos, de igual modo explotados, e incluso a los blancos naturales de España. Perseguida durante muchos años y tolerada en otros momentos, como en las décadas finales del período republicano, esta organización integrada solo por hombres, compuesta por varios juegos o potencias y localizable únicamente en las ciudades de La Habana, Matanzas y Cárdenas, ha preferido siempre mantener un discreto nivel de visibilidad y realizar sus ritos principales fuera de la vista pública.

Con el fin de realizar un estudio serio, avalado científicamente, algunos investigadores se adentraron en el análisis profundo de esta organización, dejando a un lado actitudes discriminatorias y prejuicios de cualquier tipo. Entre ellos estuvieron Fernando Ortiz, Enrique Sosa y Lydia Cabrera, a quien le debe-



mos una obra fundamental sobre el tema: *La Sociedad Secreta Abakuá narrada por viejos adeptos* (1958). A esta relación debemos sumar a Tato Quiñones, que desde su condición de ñañigo activo ya en 1995 había dado a la publicidad su libro *Ecorie Abakuá*, y ahora nos hace la presente entrega, cuyo subtítulo deja en claro que consiste en un volumen de diversos trabajos destinados a contribuir a la historia de esta asociación. En efecto, en sus páginas se incluyen documentos de archivo que remiten a los orígenes de su conformación en Cuba en el siglo XIX, testimonios personales de ñañigos destacados, un recorrido biográfico sobre Andrés Petit, personaje real siempre rodeado de un aura mítica, una reseña histórica acerca del desesperado intento de cinco abakuá de impedir en noviembre de 1871 el bárbaro fusilamiento de los estudiantes de Medicina, el sorprendente caso del teniente del Ejército Libertador y máxima figura de una potencia matancera Felipe Espínola y Travieso, ejecutado por

los españoles en 1896, así como otros documentos mucho más recientes sobre la génesis de la Organización de Unidad Abakuá (OUA).

A lo largo de este recorrido histórico Tato Quiñones en algunos momentos se detiene a exponer la incompreensión que siempre ha caído encima de esta sociedad, cuya resaca llega hasta el presente, y no deja de señalar las condiciones adversas en que se ha tenido que desenvolver y su carácter intrínsecamente antiesclavista y anticolonialista durante la dominación española. Al destacar estos méritos llega a hacer la siguiente afirmación categórica y arriesgada, pero contra la cual reconocemos no tener argumentos: “Las asociaciones abakuá, que no dudo en conceptuar como de las primeras instituciones cubanas, fundadas por cubanos para la solidaridad y la defensa de sus intereses...” (p. 72). Mas en otras ocasiones no le zafa el cuerpo a asuntos peliagudos como la relación que siempre se ha establecido de modo mayoritario entre abakuá y violencia física, y con marcada sinceridad y posición crítica reconoce: “... el ámbito de las funciones religiosas de las sociedades abakuá –los “plantes de ñañigos” a los que ya hemos hecho referencia- han servido, y aún sirven, de marco para la comisión de delitos de los conceptuados como “contra la vida” y la “integridad corporal y la salud”, quiere esto decir altercados y alteraciones del orden más o menos graves y no pocas veces sangrientos. El ñañiguismo y la violencia tienen, sin lugar a dudas, puntos de contacto, de nítida interacción” (p. 199). De acuerdo con su criterio, que expone a continuación, “todo parece indicar... que las estructuras internas de las potencias abakuá; el carácter “secreto” de sus ritos; la obligada solidaridad entre sus miembros, su origen y desarrollo en los barrios más humildes de La Habana en los que la marginación social, el desempleo y la miseria, el hacinamiento, el analfabetismo y la subescolarización eran denominadores comunes para una buena parte de sus habitantes, posibilitó que” individuos sancionados “por homicidio, asesinato, lesiones y otros delitos relacionados con la violencia” (...)

“lograran, sin mayores problemas, el ingreso en las corporaciones ñáñigas”.

En realidad toda una copiosa literatura identifica al abacúa con la delincuencia en sus manifestaciones más agresivas. Así lo hizo la prensa cubana desde las décadas finales del siglo XIX y así lo hicieron, respectivamente, Carlos Trujillo Blanco y Rafael Roche Monteagudo en sus libros *Los criminales de Cuba y el inspector Trujillo Monagas* (Barcelona, 1882) y *La policía y sus misterios en Cuba* (1925). De igual modo, esa asociación se hace presente con gran fuerza en toda una serie de obras de ficción. Veamos algunos ejemplos de ellas en un orden cronológico.

Miguel Suárez López y Salim Armada en las heterogéneas estampas de su libro *Palpitaciones de una ciudad; reporterismo pintoresco* (1913), incluyeron bajo el título de “Los ñáñigos” (pp. 163-175) la descripción del entierro de un illamba y el rito correspondiente a la iniciación de un abacúa, incluso con la incorporación de frases en “lengua” traducidas al castellano, pero sin dejar de exponer su repudio a esa asociación. Mucho tiempo después, casualmente en 1967, salieron impresos también en La Habana dos libros de cuentos en los que ocupan papel protagónico miembros de esta sociedad: *¼ fambá y 19 cuentos más*, de Gerardo del Valle, y *El iniciado*, de Luis M. Sáenz, merecedor del Premio David de aquel año. En el primero hallamos los relatos titulados “La majagua nueva”, “Cuarto fambá”, “El ecobio traidor sería castigado” y “Seboruco”, todos ellos marcados por la violencia de uno o de varios abacúa que dan muerte, algunas veces de modo alevoso, a puñaladas. La narración que da título al segundo volumen nos presenta la historia de un joven que en su proceso de juramentación en la sociedad abacúa es tachado de homosexual por un integrante de esa asociación. Como venganza, y para dejar bien en alto su hombría, el aspirante derriba a golpes de puñal a este último. Igual desenlace encontramos en “El endure”, de Manuel Serpa, cuento publicado en la página 27 del número de la popular revista *Bohemia* pertene-

ciente al 12 de abril de 1968, aunque en este caso el ñáñigo da muerte a un joven blanco porque este deshonró a su hermana. Y cerramos esta relación de truculencias con armas blancas haciendo mención a la novela de Manuel Cofiño *Cuando la sangre se parece al fuego* (1975), en la cual Cristino, abacúa y padre del protagonista, también cae asesinado de igual modo.

A toda esta literatura efectista e impactante, que en mucho ha contribuido a la imagen negativa de esa asociación, debemos incorporar informaciones oficiales, si no totalmente veraces, al menos muy atendibles y surgidas de fuentes, al parecer, dignas de todo crédito. Tato Quiñones en su libro reproduce una de ellas, tomada de la revista *Moncada* del año 1972. Ahora nosotros ofrecemos esta otra, mucho más contundente, que apareció también en dicho órgano del Ministerio del Interior de Cuba, pero en el número de agosto de 1969, bajo el título “Sobre homicidios y homicidas” y en el acápite “Las sectas y los homicidios”. En realidad consiste en las declaraciones hechas por el teniente Alfredo Proenza Silva, jefe de la Sección de Homicidios del Minint, quien afirmaba: “...pesa sobre la sociedad el peligro constante de los actos criminales de integrantes de sectas ñáñigas, abakuás o los llamados paleros”. “Ha habido épocas en que estos elementos han acaparado el 75 por ciento de los hechos de sangre ocurridos en la provincia de La Habana, aunque es también notable su influencia en Matanzas” (p. 38). Y nosotros nos preguntamos: ¿quiénes entonces, al tener conocimiento de esta literatura y de estas informaciones policíacas de carácter oficial, dadas a conocer no en la etapa republicana, sino años después del triunfo de la Revolución, podían dormir tranquilos sabiendo que al lado de su casa residía un ñáñigo o que en su cuadra se iba a celebrar un “plante”? ¿Cómo no entender que existiera una mala imagen de esa asociación?

De acuerdo con los principios éticos de los abacúa, que Tato Quiñones reitera en varias ocasiones, estos deben ser buenos hijos, buenos esposos y buenos padres. Sin embargo, en honor a la verdad, nosotros

no hemos encontrado en esas obras literarias ni en los testimonios ni en las entrevistas, a un integrante de esa asociación que ayude a su madre o a su cónyuge a cocinar y a lavar, ni a sus hijos a realizar las tareas escolares. Por el contrario, todos ellos aparecen siempre adscritos al machismo extremo, la guapería, la violencia, el hecho de sangre y el presidio. Esa es la triste realidad, que incluso el autor admite sin tapujos y, posiblemente, con desgarramiento. Porque resulta evidente su plena identificación con la esencia y los valores fundacionales de esta asociación.

Como dejó asentado en el subtítulo, con elogiable modestia, este libro solo contiene “algunos documentos y apuntes”, y en ese sentido cumple con los objetivos primordiales que se trazó. Por lo tanto, no con afán de señalamiento crítico, sino de probable información provechosa para que siga adelante en esta línea investigativa, deseamos incorporar a esta reseña algunos datos que nosotros hemos podido recabar. En varias oportunidades Tato Quiñones menciona a la agrupación Muñanga Efó (pp. 45, 238, 254, 266), a la cual perteneció, según nos dice, el famoso músico Chano Pozo. Quizás le resulte útil conocer que bajo la denominación de “Asociación Afro Cubana Muñanga Efó (Hijos de la Caridad)”, carácter religioso y “la finalidad de laborar por el mejoramiento intelectual, moral y de recreo de todos sus miembros”, fue promovida por Raimundo Fellowe en marzo de 1959 e inscrita oficialmente en esa fecha en el Registro de Asociaciones (Ver ese Fondo en el Archivo Nacional de Cuba, Legajo 1209 Expediente 25328), aunque sin declarar explícitamente su condición de sociedad abacua. Por el contrario, esa definición fue asumida dos años después, en noviembre de 1961, por la Asociación Religiosa Africana Abacua de Socorros Mutuos “Efí Abaracó Ubane”, constituida en Regla con la asistencia de 36 ecobios, quienes eligieron a Pablo Oliva García presidente, cargo que en 1977 desempeñaba Orlando

Valdespino (Archivo Nacional de Cuba, Registro de Asociaciones, Legajo 1246 Expediente 25949). La inscripción de estas dos sociedades poco tiempo después del triunfo revolucionario quizás pueda indicar que en aquellos momentos, ante la nueva coyuntura político-social, al menos una parte de las organizaciones abacua decidió ocupar un espacio más amplio que hasta entonces le había sido negado, aunque con posterioridad, como consecuencia de la implantación del marxismo y el ateísmo científico, las circunstancias de nuevo le resultaron desfavorables.

Por otro lado, hubiera sido de interés que Tato Quiñones abordara en su libro el curioso caso de la asociación Equereguá Momí, que alguna vez menciona (p. 231), pues esta posee en el cuartel sureste de la Necrópolis de Colón –tal vez de modo excepcional– un panteón propio bajo la denominación Gran Logia Abakuá Ekereguá Momí 1868 a 1965. En el Archivo Nacional no hemos encontrado su expediente de inscripción en el Registro de Asociaciones, pero debió estar reconocida para poder construir ese panteón. ¿Y por qué en este caso la denominación inicial de Gran Logia? ¿Por guardar acaso algún vínculo con la masonería? Tenemos conocimiento de que no pocos ñañigos son también masones y que incluso integrantes de la Alta Cámara de la Gran Logia de Cuba son miembros además de la sociedad abacua. Surge entonces otra pregunta: ¿existen vasos comunicantes entre esas dos organizaciones fraternales integradas solo por hombres?

Son interrogantes que parten del acercamiento respetuoso a dicha agrupación de origen africano, amenazada hoy, como señala el investigador Mario Castillo en el prólogo de este libro, por la folclorización y por “su integración a una “cultura nacional” administrada por el” Estado (p. 17). Vienen estos a ser retos externos a los que se suman los internos expuestos por el autor y por algunos de los que él entrevistó.